

Gris tornado negro

Una de las características de la zona gris es la ambigüedad, y esa peculiaridad ha sido la que ha marcado el espacio exsoviético en los últimos años. Una ambigüedad intencionada, en la que no existe una situación de guerra, pero tampoco de paz. Una zona gris implica un conflicto latente que persigue los mismos objetivos que una guerra convencional, pudiendo ser una alternativa... o una preparación. De facto, la invasión rusa de Ucrania comenzó en 2014 – ocho años después, lo hace formalmente.

Debemos prestar atención a la política exterior rusa: *blizhneyezarubezhye*, la búsqueda de un espacio de seguridad mediante el control de su exterior cercano. Este exterior cercano (*near abroad*) es, a su vez, un vecindario compartido entre la propia Federación Rusa (que aspira a erigirse como una *derzhavnost*, superpotencia), y *Zapad*, denominación rusa para designar a la esfera occidental. El mismo discurso de Vladimir Putin horas antes de la invasión de Ucrania dejaba claro que Rusia no identifica a las repúblicas exsoviéticas como territorios íntegramente extranjeros, y que el fin del “imperio” soviético fue un error que no hubo de producirse... y que no es aceptado como tal. El concepto de *Russkiy mir* (el mundo ruso) es la razón empleada para intervenir en este espacio, con una retórica de protección de minorías rusas allende sus fronteras. Ello ya sucedió en 2008 con la invasión de Georgia, precedida por la passportización (entrega de pasaportes rusos que los convierten en ciudadanos que proteger), y sucedió en 2014 con la rebeldía prorrusa en el este de Ucrania, país que desde 2005 empezaba a salir de su órbita con la Revolución Naranja ante la injerencia rusa en las elecciones entre Yúshchenko y Yanukóvich.

La operación especial lanzada por Putin en Ucrania en 2022 no buscaba sino “desnazificar” y “liberar” a un pueblo considerado tradicionalmente hermano. Esta hermandad se refleja, por ejemplo, en el Tratado de Pereyáslav de 1654, por el que los cosacos que poblaban Ucrania solicitaron la protección del zar y le juraban fidelidad. La estatua de Bogdan Jmelnitski, líder cosaco que se sublevó contra el dominio polaco-lituano en el siglo XVII, preside la plaza que comunica la Catedral de Santa Sofía con el Monasterio de San Miguel de las Cúpulas Doradas en Kyiv. Y para colmar el vaso, a los trescientos años de Pereyáslav, y para conmemorar tal evento, Nikita Jruschev decidió incorporar la Crimea de la República Socialista Federativa de Rusia a la RSFS de Ucrania en 1954. Sin embargo, esa hermandad se rebajó en tal discurso a denegar la soberanía ucraniana y su condición como nación. Poco antes, se había evacuado a la población de las autoproclamadas Repúblicas Populares de Donetsk y Lugansk, acusando de genocidio a Ucrania. Tal movimiento era la deshumanización del adversario para justificar una acción que se sabía impopular en el país, y que se preveía rápida: comenzando por ataques aéreos a infraestructuras militares estratégicas, avanzando terrestrenmente desde posiciones controladas (Crimea, Donbás, Belarús) y pretendiendo el cambio de régimen a uno más afín.

Si la acumulación de tropas en la frontera ruso-ucraniana era evidente desde finales de otoño, no lo era el hecho del asalto a gran escala de Ucrania. Precisamente por la ambigüedad que caracterizaba a esta zona gris, que llegó a tildar de “histeria” los avisos

de Occidente, incluyendo burlas y delirios. Pero esta estrategia necesita de extensa planificación y es necesario comprenderla dentro de la propia visión rusa de reorganización de sus antiguos territorios. Para empezar, la hipotética ruptura de una promesa verbal queda opacada por la firma de un acuerdo de respeto mutuo e integridad territorial (el Memorando de Budapest de 1994). La expansión de la OTAN no comportó amenazas con los Bálticos tras su ingreso en 2004, sino que ha sido un revulsivo ante la amenaza de un vecino desestabilizador y, al fin, agresor. La simpatía por la OTAN en Ucrania (y otros países) era muy reducida antes del Euromaidán, y se incrementa cuando la propia existencia de estos países se ve amenazada, solicitando su adhesión. Si los Bálticos aprovecharon la debilidad rusa a últimos de siglo y encontraron alivio en su pertenencia a la organización (más aún cuando se ha repetido la amenaza de cercarlos por el Suwalki Gap), el comportamiento ruso solo ha hecho que Suecia y Finlandia se planteen unirse a la OTAN (la isla de Gotland también ha sido objeto de amenazas de ocupación), así como lo han hecho otros países con problemas internos, sujetos a revisionismo territorial e identitario y que ven peligrada su existencia por posturas ultranacionalistas e irredentistas de sus vecinos (Montenegro, Macedonia del Norte), y otros como Kosovo o Bosnia y Herzegovina se hayan decidido a solicitarlo: la confirmación de su integridad territorial por una alianza militar es su única garantía.

En este campo, la Geografía tiene potestad para describir, analizar e intentar predecir, con el fin último de proteger. No solo el conocimiento del terreno sirve como herramienta a lo militar, sino que el saber del medio humano es clave para comprender los procesos sociopolíticos. En Ucrania, la distinción entre este y oeste dejaba un país diferenciado, visible a la luz de los territorios que habían acogido protestas en uno y otro sentido político. Si el Euromaidán triunfaba en el centro y oeste del país, las protestas prorrusas (y ocupación de edificios gubernamentales) lo hacía en el sur y este. El hecho trascendental fue la proclamación de la RPD y RPL, pero también se proclamó la de Járkov, aunque de muy corta vida ya que fue retomada por el ejército ucraniano; o disturbios y altercados de gran calado en Odesa, ciudad que fuera fundada por Catalina la Grande. Quizá este fuera uno de los errores de Putin en Ucrania: pensar que parte de la población local recibiría a los soldados rusos como liberadores o, al menos, que no pondrían una resistencia tan tenaz. Algo atestiguado en los testimonios de soldados rusos, que creían que serían recibidos con los brazos abiertos (y son gritados fascistas), o con la desinformación que se intenta extender a la sociedad rusa: primero se dijo que las tropas habían cruzado sin resistencia en la frontera, después que la ciudadanía los recibía con banderas soviéticas. Sin embargo, la visión determinista de que los rusófonos apoyarían la intervención rusa no es acorde a la realidad: huelga ver el bombardeo ruso a Járkiv, ciudad ampliamente rusófona y donde las familias tienen grandes lazos a uno y otro lado de la frontera. Las variables que definen la identidad son complejas, pero, en todo caso, la identidad racional no es motivo de guerra, y la población ucraniana ha demostrado que *es* y *quiere* ser ucraniana y rechaza la invasión. Sin embargo, tratar de localizar diversos sentimientos es útil para la prevención de conflictos, máxime cuando se territorializan: una radiografía de las causas y consecuencias de posturas políticas, tratando de identificar escenarios de mejora en la vida de sus habitantes, ayudando a la

cohesión y dotando de mecanismos de protección ante eventuales amenazas derivadas de estrategias desestabilizadoras de una zona gris ambigua e inestable.

Ese gris se ha tornado finalmente negro ya que ha derivado en una guerra abierta. Las guerras de desintegración yugoslava fueron la vergüenza de la inactividad europea, con el eterno arrepentimiento de consentir el asedio de Sarajevo, o la limpieza étnica y genocidios perpetrados en suelo balcánico. Asumir este error quizá haya hecho que no se quiera repetir un escenario parecido, esta vez en la frontera oriental de la Unión Europea. Debemos condenar las agresiones de guerra injustificadas, respetar la soberanía de un país democrático, actuar conforme al deber internacional. Debemos aprender de los errores del pasado. Debemos ayudar, proteger y mediar una solución pacífica y estable. Debemos prevenir conflictos en aquellos espacios que siguen siendo inestables. Extender la protección, la estabilidad y el respeto en sociedades democráticas, pacíficas y tolerantes. Ser claros, firmes y decididos en su integración europea no solo es ser justos con ellos, sino congratularse de que quieran ser nuestra familia. No es de extrañar que las banderas europeas ondeen en aquellos lugares que se sienten oprimidos o, al menos, donde se teme por su supervivencia.

No debe extenderse una rusofobia que afecte a individuales que nada tienen que ver con la guerra. El pueblo ruso, la cultura rusa, su patrimonio, es una maravilla que el mundo ama. No merecen tampoco a donde les están llevando, pero quizá el cambio empiece gracias a ellos: unas protestas tan masivas como las del verano de 2020 eran impensables en un país como Belarús, y casi cambian el devenir de su país de no haber sido por la intervención dura y decidida de Putin. Aquí ya se vio que la represión a otro pueblo hermano no era óbice deslegitimador para la óptica rusa – al igual que no lo ha sido en Ucrania. Predecir el futuro de la guerra es imposible, sobre todo ante la presencia de un líder impredecible -y que se ha mostrado irracional- como Putin. Aunque improbable, incluso la MAD (Destrucción Mutua Asegurada) es invocada ante la amenaza nuclear. Recordemos la enseñanza de Sun Tzu: hay que dejar un puente para la retirada del adversario. Lo que parece más certero es que el tiempo juega en desventaja rusa, con una pérdida de efectivos superior a lo previsto, y que una operación "quirúrgica" (según lo manifestado) ha dado paso a una guerra donde se intente infligir el mayor daño posible para conseguir unas mejores condiciones de rendición. Los escenarios son variados y dependerán del límite al que ambas partes estén dispuestas a asumir. Si los Acuerdos de Dayton supusieron en 1995 la partición de Bosnia y Herzegovina en una federación bosniaco-croata y una entidad serbobosnia, las posibilidades territoriales en este caso son igualmente amplias y variadas... ¿cabe esperar a Novorossiia?

Azul y amarillo se tejen. Ucrania ocupa un lugar central en la geografía europea, pero más que nada, Ucrania es hoy el corazón de Europa.

Miguel Borja Bernabé-Crespo

Miembro de la AGE y del Grupo de Historia del Pensamiento Geográfico

Departamento de Geografía – Universidad Autónoma de Madrid